

Mayo 17 de 1996

Número 1

KABUYA

Crítica Antropológica

Y LA SIERRA KOGI ESCUCHA

El “buen lector” recorre como de costumbre con sus ojos (a veces extasiados, por lo general escépticos) el periódico del día. Si es jueves, lo más seguro es que los fieles compradores de El Tiempo, estén esperando que los sorprenda la “pintoresca” sección *Viajar* que, a lo mejor, publique nuevos y más baratos planes para alimentar ilusiones tercas.

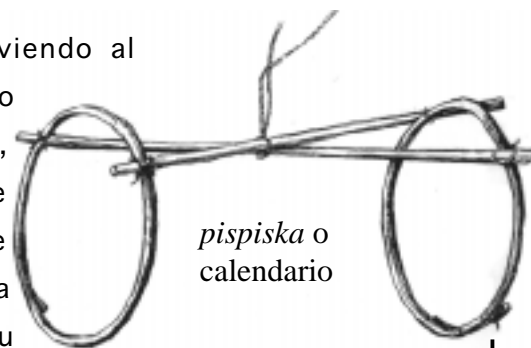
Jueves 25 de abril del año en curso. *Viajar* aparece erguida e imponente con cuatro fabulosas fotos a color y un llamativo diseño en el título del artículo de turno. Andrés Hurtado García retorna de nuevo a las páginas promotoras del ecoturismo con “El pacífico universo kogi”. Enganchador relato, no sólo por su presentación gráfica y de contenido, sino, y efectivamente, por el abanico de posibilidades de viajar al extranjero que se ofrecen en la otra mitad de la página; la Sierra reposa aquí “solemne y sabia”, pero recuerde que Miami, Aruba, Cancún, Fátima, Tierra Santa y otros destinos más lo esperan.

Andrés Hurtado, hermano marista, vicerrector del Colegio Champagnat de Bogotá y ecologista empecinado, es bien reconocido por su trabajo en pro de la recuperación y defensa de los recursos naturales. Ha viajado bastante y, en consecuencia, debe tener una

de las colecciones fotográficas más extensas y hermosas de Colombia. Así que algún curioso de la reportería gráfica y, sobre todo, de la estética natural, puede pasarse cualquier día por el colegio mencionado y averiguar por las muchas conferencias que realiza el señor Hurtado. Así, podrá encontrarse con su peculiar estilo coloquial, anecdótico... y, por favor, no lleve niños. Él es bastante “tímido” ante su presencia.

Volviendo al artículo mencionado, más que criticar, se podría elogiar su

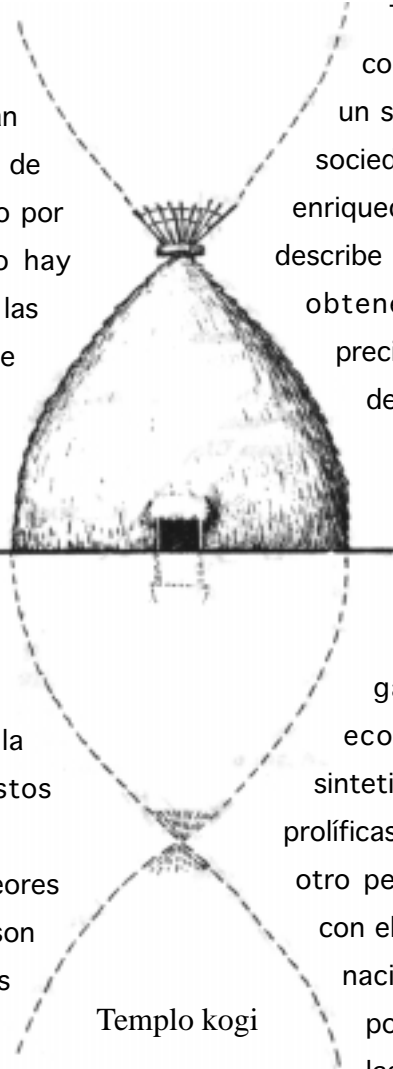
contexto. Plasmó en él una dosis bien fuerte de emociones y alabanzas a Ulimaca, pueblo kogi situado en la Sierra Nevada de Santa Marta, a 1550 mts. de altura sobre el nivel del mar: “No nos arrodillamos como los descubridores al añadir un nuevo pueblo a la Corona, no. Pero sí quedamos maravillados ante la belleza del conjunto”, dice Hurtado. Aunque si escribió lo anterior, es bien posible que por su cabeza hubiera pasado la idea de actuar como los descubridores. Nunca lo sabremos.



pisписка o calendario

Algo curioso que se encuentra en su relato, hace parte de una de las características que dan fama a Andrés Hurtado: su teoría de que ningún artrópodo pica el suelo por donde camina y que por eso no hay peligro si se los deja caminar por las manos y los brazos. Y, refiriéndose a esto, plantea: “Los peores animales no son los animales, solemos ser los otros animales. Qué pena con los primeros”. Pero, más adelante, subraya con énfasis la gran sabiduría, el inmenso respeto al escuchar al otro, el pacifismo, la elegancia, la inteligencia y la habilidad de estos magníficos **hombres**, los kogis.

Si los hombres somos los peores animales, ¿entonces los kogi no son hombres? Y si no lo son, ¿entonces qué son? ¿Serán, acaso, animales de aquellos que no destruyen el medio que pisan? Valdría la pena formular esta pregunta al autor. Quién sabe, tal vez sugiera que “la esencia del progreso es la contradicción”...



Templo kogi

También sería bueno que nos comentara cómo es posible que en un sólo día de intercambio con esta sociedad indígena, se posibilite un gran enriquecimiento personal como el que describe en el texto. ¿No será que para obtener verdaderos resultados se precisa un largo y complicado proceso de confrontación de concepciones y vidas?

El trabajo de Andrés Hurtado no deja de ser valioso por una crítica pequeña y aislada como esta. El ha sabido ganarse su lugar en cuanto a ecologismo se trata. Todo esto sintetizado en sus exposiciones, en sus prolíficas exposiciones. Aún así, quedaría otro pequeño interrogante en relación con el fomento al llamado ecoturismo nacional: ¿sí será verdaderamente positivo inducir a la gente a visitar las vastas regiones parcialmente “vírgenes” del país, sin antes formar una conciencia de lo que significa en realidad ser Hijos de la Tierra?



CAZADORES DE GENES

En las últimas décadas, los países imperialistas y las empresas transnacionales han encontrado en la diversidad biológica una nueva posibilidad de expansión de la mercancía y la propiedad privada y de enriquecimiento. Como parte de tal diversidad, han comenzado a preocuparse por la diversidad genética (alelos) y por su desconocimiento de las

características de aquella entre las poblaciones de América y África, en especial las aborígenes, amenazadas por crecientes procesos de extinción. Por consiguiente, han lanzado diversos programas de investigación en este campo, en especial “Genoma Humano”, que se desarrolla desde el Instituto Nacional de Salud de los Estados Unidos y que se vincula

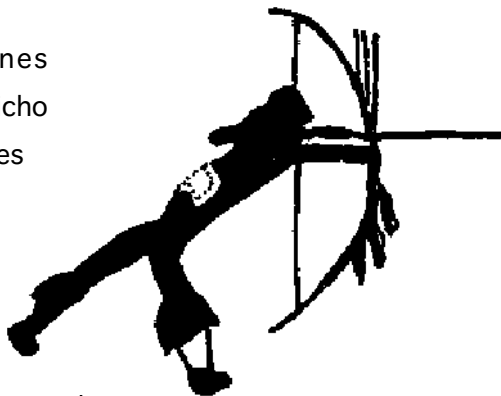
con HUGO, Organización de Genes Humanos, conformada por los países industrializados para trazar el mapa global de la estructura genética humana, con mapas físicos de cromosomas completos y colecciones de fragmentos de cromosomas clonados en laboratorio, y con la finalidad última de aprovechar sus recursos y posibilidades mediante la ingeniería genética.

Desde 1990, con la disculpa de la celebración de los 500 años, diversas entidades en América se vincularon a dicho programa, con la meta inicial de tomar 15.000 muestras de sangre, raíces de pelos y raspado de las mejillas en más de 500 comunidades étnicas. La sangre ha sido llevada a laboratorios de Virginia (Estados Unidos), para posteriores investigaciones.

En Colombia, varias instituciones científicas y académicas se sumaron a dicho programa, algunos de cuyos investigadores denominaron su propia actividad como “sangrar indios”.

El Instituto de Genética de la Universidad Nacional se encargó, bajo la dirección del doctor Emilio Yunis, de obtener muestras de sangre de una parte de los indígenas del país, con el respaldo de la Universidad de Harvard (doctor Helmunt Yunis). Se tomaron 2.000 muestras que fueron sometidas a pruebas de ADN y HLA (genes vinculados a procesos de inmunidad), antes de enviarlas a los Estados Unidos. En 1993, el mismo instituto trabajó sobre más de 30.000 muestras de sangre de todo el país, que se tomaron para casos de disputas de paternidad por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

El Instituto de Genética de la Universidad Javeriana, bajo la cobertura de la llamada “Expedición Humana” y con la dirección del médico Jaime Bernal Villegas, se vinculó a la toma de sangre de las sociedades indígenas y negras con el fin de organizar el Banco Biológico Amerindio, el cual tiene ya muestras de la mayoría de los indígenas que habitan en Colombia. Así, es posible “inmortalizar” los linfocitos de los individuos estudiados, lo cual permitirá recurrir a experimentos con células vivas mucho después de terminar la Expedición Humana (Salazar, Zarante, Riaño, Neira, Naranjo: Los Nukak-Makú: expedición a “la prehistoria”, Revista América Negra, No. 5, Bogotá, 1993).



Este proyecto recibe financiación de los laboratorios productores de fármacos y químicos: Bayer, Janssen, Stiefe, Medihealth, Abbot, Química Schering, Synthesis, Glaxo, Grunentahl, Upjohn-Unifarma, Pfizer, Química Ariston y otros.

Desde 1993, el Instituto Nacional de Salud, con el doctor Iván Yunis, elaboró un proyecto que incluye la toma y estudio de muestras de sangre de los Nukak-Makú, que se agrega a expediciones anteriores para “sangrar indios” de otros grupos.

Un genetista norteamericano, que hace parte de un proyecto significativamente llamado “Cazadores de genes”, explicó que, con la extinción a la que están abocados muchos grupos aborígenes, la riqueza genética de la humanidad estaba en peligro, pero que ahora, con el avance de estos proyectos, ya no había problema si tales grupos se extinguían, pues sus características genéticas podían reproducirse indefinidamente en los laboratorios, como ya estaban haciendo con las cadenas de ADN.

Todos estos proyectos se realizan sin obtener el Consentimiento Informado Previo de los indígenas de quienes se extrae la sangre. Un participante en uno de estos proyectos, que tomó muestras entre los arhuacos, kogui y arzarios de la Sierra Nevada de Santa Marta, respondió a quienes hacían una película sobre el tema: “no les explicamos de qué se trata porque qué van a entender estos indios brutos lo que es un clon”.

De más está decir que tampoco se les ha informado que, de acuerdo con las leyes de los Estados Unidos, los productos y/o derivados de las colecciones pueden patentarse para su explotación comercial con licencias hasta de 17 años, cuyos dueños no serían precisamente los indígenas, sino quienes toman las muestras o los laboratorios y empresas que las manipulan y financian su estudio, considerados como obtentores, mejoradores o inventores de los productos. Esto ocurrió ya con la sangre de los guaymí de Panamá, que contiene un elemento que puede ser resistente a la hemofilia. Sólo la denuncia internacional y la intervención del propio gobierno panameño

consiguieron que la Oficina de Comercio de los Estados Unidos anulara la licencia. La compañía “obtentora” la reemplazó por la de la sangre de un grupo aborigen de Nueva Zelanda, que parece tener la misma propiedad.

Así, poco a poco, hasta las claves de la vida se van convirtiendo en objeto de propiedad monopólica por las grandes empresas capitalistas y, por consiguiente, en posible fuente de nuevas ganancias, sin que importe la suerte de sus depositarios.

Ante las implicaciones de esta manipulación genética y en respuesta a una pregunta de los autores de la película ya mencionada, uno de los investigadores en la Sierra Nevada de Santa Marta aseguró: “no es cierto que nos propongamos crear el arhuaco perfecto”. Eso ya lo sabemos. Es claro que el propósito final es crear el “gringo perfecto”. Es preciso levantar una amplia campaña de denuncia en contra de estas investigaciones, que se realizan con el pretexto de desarrollar el conocimiento científico y del aporte de los aborígenes a la humanidad.

El gobierno colombiano conoce y permite la realización de estos trabajos. El gobierno es ya signatario de convenios internacionales que abren a las transnacionales y a los Estados Unidos el acceso a la propiedad de los recursos biológicos y genéticos que existen en Colombia y de sus formas de empleo, convenios que están actualmente en proceso de reglamentación legal. Es preciso exigir que se reconozca el derecho de los sectores populares a sus recursos y a su libre utilización, pues ellos son sus verdaderos creadores y depositarios.

A las distintas comunidades indígenas y a sus organizaciones corresponde tomar la principal iniciativa en este campo, para impedir

que se consume este nuevo despojo en su contra.

(Basado en: Lucía Vásquez Celis: Banco de Genes Humanos, Bogotá, octubre de 1994).



TRAS LA MODERNIZACION DE LA ARQUEOLOGIA

La modernidad llegó a Latinoamérica como la gran maravilla que nos iba a redimir de las garras del atraso y el subdesarrollo. El estilo de vida traído por el modernismo fue adoptado e impuesto por la élite hegemónica de América Latina, modelos culturales que debían imponerse ante la incultura del pueblo; avances tecnológicos, cambios en la educación, en la salud, en los modos de producción, las artes cultas: literatura, música, etc; es decir, una forma de vida, unos códigos culturales impuestos por la élite hegemónica que solucionarían los problemas del atraso, sin tener en cuenta que los procesos históricos que habían llevado a los países desarrollados a tal punto habían sido muy diferentes a los que se llevaron a cabo en América Latina.

Una de esas ciencias cultas fue la arqueología, una ciencia élite que en un principio se dedicó a la colección de hermosos objetos que mostraban un pasado exótico, los cuales, al ser interpretados con modelos teóricos traídos por los burgueses que se habían educado en las mejores universidades de Europa o E.U.A., en la mayoría de los casos, trataban de mostrar nuestra historia como el atraso del que se debía salir rápidamente, porque el indio es del pasado y allá se quedó y no tiene nada que ver con la industrialización e integración al mercado internacional; esto, claro está, con la fortísima

presión de los medios de comunicación que crean en los individuos ese anhelo por la vida moderna.

Como es bien sabido por nosotros, el proyecto de modernización salvadora no tuvo el éxito deseado en nuestra sociedad; se quería borrar una historia milenaria llena de conflictos étnicos y culturales de más de 500 años. Se quiso hacer una modernidad sin modernización.

Consecuentemente, muchos elementos de la modernidad se popularizaron, varios códigos



**ARQUEOLOGÍA DE RESCATE
OLEODUCTO CAÑO LIMÓN-COVENAS
UN VIAJE POR EL TIEMPO A LO LARGO DEL OLEODUCTO
CAZADORES-RECOLECTORES, AGROALFAREROS Y ORFEBRES**

culturales que antes manejaba exclusivamente la élite hegemónica se han vinculado a la cultura popular y el grueso de la población puede tener acceso a ellos; quien quiera puede ir a la ópera, la zarzuela o el teatro, cualquiera puede ir a exposiciones de arte, cada vez más personas tienen acceso a los computadores y por Internet se comunican con todo el mundo.

¿Y la arqueología?, ¿ha evolucionado?, ¿cuánta gente tiene acceso a la información

arqueológica? Muchas veces ni los estudiantes mismos encontramos la información cuando estamos haciendo una investigación. ¿Se ha involucrado la arqueología con la sociedad colombiana verdaderamente o ha contribuido a crear una “identidad nacional”? La arqueología, como herramienta que es, siempre se ha manipulado de acuerdo a intereses particulares; por mucho tiempo la utilizaron las sociedades “civilizadas” para justificar su dominación; en países como México se ha usado para desarrollar una identidad nacional, en otros países europeos y E.U.A, que no tienen la monumentalidad o las culturas exóticas indias, han utilizado la arqueología para crear modelos teóricos que engranan en una interpretación holística de las culturas.

En Colombia, la gran mayoría de los trabajos son excavaciones aisladas, complementadas con repetidos datos de cronistas y comparaciones con otros yacimientos cuyas similitudes, innovaciones o desapariciones se resuelven con una simple invasión; dichas investigaciones, ¿de qué le sirven a la gran mayoría de la población colombiana que tiene problemáticas concretas?; además, la arqueología debería vincularse con la educación que sólo muestra como “historia” los últimos 500 años, desvinculando lo indio con la

cultura actual. Esto es un llamado para “deselitizar” la arqueología, para untarse de pueblo. Pero, sin ser exigentes, ¿qué tanto está haciendo la arqueología colombiana por contribuir a una teoría antropológica?

La queja de muchos arqueólogos era que no había presupuesto para investigar, pero en los últimos años surge -gracias a la virgen- el “boom” de la arqueología de rescate, con un capital impresionantemente grande, para rescatar los yacimientos que podrían dañarse con la construcción de una carretera o un oleoducto.

Ahora mi pregunta es: con todo el trabajo y el capital invertido, ¿qué tanta información y conocimiento se han producido, y qué tanto se ha difundido entre los arqueólogos, antropólogos y poblaciones en donde se han hecho tales trabajos?

Únicamente conozco el libro del Oleoducto Colombia y otro librito marrón de la FEN. Es evidente que a las petroleras y constructoras sólo les interesa cumplir un requisito legal, pero los investigadores deberían preocuparse por usar esos fondos para hacer una verdadera arqueología. No quiero decir que esté en contra de la arqueología de rescate. Sólo me baso en los precarios resultados que ha tenido por falta de idoneidad de algunos investigadores.



EN ESTE NÚMERO DE **KABUYA** PARTICIPARON

MARÍA ANGÉLICA OSPINA M.

ANDRÉS RÍOS M.

LUIS GUILLERMO VASCO U.